



«Pep: la metamorfosis» o cómo Guardiola se convirtió en ajedrecista



Fotografía: Cordon Press.

Es importante empezar por el final de *Pep: la metamorfosis*, el último libro de Martí Perarnau sobre Pep Guardiola porque en ese final está toda una concepción del fútbol:

Comparto con Santiago Coca que «el futbolista es el propietario del juego», pero rechazo la afirmación generalizada de que el fútbol es de los futbolistas, porque entiendo que aunque son los principales protagonistas no podemos reducirlo todo solo a ellos. El fútbol no es de los futbolistas, aunque tampoco es de los entrenadores ni de los hinchas, ni mucho menos de los dirigentes. El fútbol es de los equipos.

Exacto. El equipo como un entramado vivo pero no necesariamente azaroso. El equipo como



una combinación numérica o como una disposición táctica pero a la vez como un conglomerado de sentimientos. Alfiles y caballos con su corazoncito. Los libros de Perarnau se pueden leer de muchas maneras: desde dentro, para intentar entender al protagonista omnipresente, o desde fuera, como *voyeur*, observando a los actores sin maquillaje preparándose para la función, probándose el vestuario, leyendo parsimoniosos sus separatas.

Hay ahí para el espectador algo mágico pero a la vez duro, incluso triste: los equipos de Guardiola están vivos, sí, pero a menudo no lo parecen. Sinceramente, de la lectura de los dos excelentes libros de Perarnau no es complicado sacar la conclusión de que jugar al fútbol en un equipo de Pep no debe de ser nada divertido en el sentido más habitual e inocente del término. La comparación constante con el ajedrez tiene sentido porque así ven Guardiola y sus allegados el juego: una constante anticipación de la jugada del contrario, una sucesión de movimientos encaminados a un movimiento final donde la improvisación solo queda en manos de los genios.

Demasiadas cosas que comprender y un problema evidente: no a todos los jugadores les gusta el ajedrez y no todos entienden bien los movimientos. Leyendo este libro es fácil entender por ejemplo el desprecio de Ibrahimovic hacia las tácticas de Guardiola. El sueco es un excelente jugador de fútbol, pero nunca quiso ser un estratega, ni siquiera entiende el fútbol como estrategia sino como una especie de «yo, aquí y ahora». Igual que Ribery, probablemente. Jugadores desesperados que necesitan un fútbol desesperado, sin riendas.

Queda por saber también si muchos de los enamorados de Pep dentro de sus plantillas entienden realmente lo que quiere. Si es tan complejo como parece, estamos ante una duda razonable. No todas las inteligencias son las mismas y con esto no me refiero a una cuestión de cantidad sino de modo. Ni siquiera los más inteligentes lo son de la misma manera y una inteligencia tan espacial como la del ajedrez no tiene por qué estar tan extendida entre los mejores jugadores del mundo, sin que eso les incapacite para otros modelos.



En la inevitable comparación con Phil Jackson, el enfoque sería exactamente el contrario: Jackson iba con el triángulo por delante, de acuerdo, pero si tenía a Jordan era el triángulo de Jordan, si tenía a Shaquille O'Neal, era el triángulo de Shaq y si solo le quedaba Kobe, era el triángulo de Kobe. Pep no parece tener la misma paciencia. No lo parece, ojo, puede que en realidad la tenga. El juego de posición va más allá de tener el balón, consiste en tenerlo en el momento adecuado y en el lugar adecuado. En eso, coincide con el baloncesto, el balonmano, el waterpolo o incluso el *rugby*, su última pasión.

Jackson intentaba que todos los jugadores se sintieran importantes a su manera, quizá producto de su propio pasado como jugador de relleno en las grandes plantillas de los Knicks de los años setenta. Guardiola se emociona ante el currito... pero solo si el currito sigue con el plan tal y como estaba establecido de antemano.

Del espíritu de Hegel al *Tractatus* de Wittgenstein

Junto a las referencias constantes al ajedrez, hay en el libro un cierto gusto por la filosofía. La filosofía analítica, como no podía ser de otra manera. Incluso la distribución de los capítulos con sus constantes subdivisiones del tipo 4.5.3. recuerda al *Tractatus logico-philosophicus* de Ludwig Wittgenstein, a quien se cita unas cuantas veces. Baste decir que este primer libro de Wittgenstein, culminación del pensamiento iniciado por Russell y Carnap, resume la realidad en términos de lenguaje y viceversa, es decir, solo existe aquello de lo que podemos hablar y solo podemos hablar correctamente de lo que existe siguiendo unas reglas estrictas. De lo demás, solo cabe callar.

No está solo Wittgenstein en este juego de espejos. En ocasiones, al vestuario de Guardiola parece faltarle la inscripción que Platón puso en el frontispicio de su Academia en Atenas, aquel «que no entre aquí nadie que no sepa geometría». En realidad, ya lo hemos dicho, la geometría, el espacio y su gestión, es la base de todo. Colocar el peón en la casilla correcta antes de que lo haga el rival o justo cuando el rival pensaba hacerlo. Anticiparse, vaya.



En otras ocasiones, las más sentidas, Guardiola aparece como aquel Napoleón en la batalla de Jena, la encarnación del «espíritu» para Hegel. El «concepto» convertido en persona, en elevación suprema del intelecto a partir del cual se ordena la realidad. El héroe romántico, revolucionario. Ambos se encuentran con destinos similares: tras tanta victoria épica, el emperador francés se encuentra con Waterloo; a Pep, más prosaico, se le cruzan las semifinales de la Champions League, sin que en el libro se entre a diseccionar lo suficiente por qué si todo se hizo siempre tan bien. En general, parece que toda victoria es hija del modelo y toda derrota, accidente o infortunio.

Lo curioso es que hay en toda estructura teórica de la que el propio Guardiola participa una contradicción aparente con el Guardiola de verdad, el de las ruedas de prensa más apasionadas, el competidor, el que insiste en que si ha llegado al City es «porque ha ganado mucho», que es verdad. Es decir, hasta cierto punto, la teoría eclipsa la práctica y la práctica es abrumadora. Casi el 80% de partidos ganados a lo largo de tres temporadas en Múnich, una producción goleadora impresionante y una capacidad defensiva a la altura de las mejores —si no la mejor— de Europa.

Una de las pocas cosas mejorables del libro es su lenguaje. A menudo, abusa de términos sacados de conferencias de *coaching* o libros de *marketing* en los que los jugadores tienen que ser «proactivos» y están siempre «enfocados» en algún aspecto u otro del juego. Quizá la metamorfosis de la que se habla en el título será precisamente la capaz de convertir la rigidez del *Tractatus* en la alegría posmoderna de las *Investigaciones filosóficas*, en las que al final el lenguaje no es sino un juego que reinventan los niños de una escuela británica. La necesidad de adaptarse y el tiempo necesario para adaptarse, por supuesto, que Perarnau insiste en que probablemente sean más de tres años.

La realidad del City y las ausencias significativas

Otra cosa es que Guardiola esté para quedarse más de tres años en el City si no lo ha hecho en Múnich. Hace bien el autor en recordar que el equipo de Mánchester no es un



cualquiera, que también tiene su historia y su tradición, aunque sea más difusa y menos monolítica que la del Bayern. Los inicios de temporada, como se preveía en el libro, han sido titubeantes: en liga, el equipo va tercero a siete puntos del Chelsea de su admirado Antonio Conte, otro hombre con nombre de filósofo. Aunque sigue marcando goles a buen ritmo, aún le queda mucho por mejorar a nivel defensivo y está por ver si lo hará con una plantilla que deja que desear en esas posiciones.

Sería interesante un libro que completara la trilogía sobre estos primeros meses en el City. Todo apunta a que deben de estar siendo apasionantes, todo un reto. La liga inglesa vive su momento de apogeo táctico. Puede que, como se indicaba al principio de esta reseña, el fútbol no sea de los entrenadores, pero en Inglaterra se han juntado ni más ni menos que Guardiola, Mourinho, Klopp, Conte, Wenger, Koeman, Ranieri o incluso Karanka, todos ellos con una poderosa narrativa detrás. Ahí solo falta Paco Jémez entrenando al Hull City.

Puede que Guardiola quiera quedarse una buena temporada allí, como cuando cogíamos al Leganés en el *PC Fútbol* y no descansábamos hasta hacerlo campeón de Europa, o puede que las ofertas de otros equipos con más recursos, más historia y más capacidad para luchar por los títulos acaben precipitando su marcha. Puede que acabe agotado de tanto dar clase y puede que sea al contrario y que sus alumnos respondan con tal entusiasmo que los títulos lleguen antes de lo previsto, y con los títulos la adrenalina y la energía necesarias para soportar otra serie de agotadores partidos de la máxima.

No sería justo acabar el comentario del libro sin mencionar a los que apenas salen en el mismo, como tampoco salían en el anterior libro del autor sobre Guardiola ni en su reflexión sobre La Masía de 2011. La importancia que se da a la tradición es máxima, incluso el respeto a las distintas tradiciones con sus distintos sacerdotes. Lo curioso es que entre tanto nombre, tanto ajedrecista, tanto entrenador de *rugby* y tanto Juanma Lillo no aparezca nunca Luis Aragonés y solo lo haga una vez Louis Van Gaal, de pasada, y en la página 448.

Sinceramente, desde fuera es difícil de entender. No ya porque los que estén no lo



merezcan sino porque Luis y Van Gaal son figuras demasiado cercanas a Pep como para pretender que no influyeron en absoluto en su fútbol. En ocasiones, parece que la deriva que tomó el fútbol español hacia el espectáculo, la posesión y el triunfo empezara con el Barcelona del triplete, pero lo cierto es que Luis ya había ganado para entonces una Eurocopa empeñándose en juntar a Xavi, Iniesta y Silva en el medio del campo, tres jugadores que apenas llegan al 1,70 m. No solo eso sino que llevaba dos años peleando por esa apuesta frente a la creencia popular de que el que tenía que jugar era Albelda.

Lo de Van Gaal parece aún más sangrante y no hace sino aumentar su leyenda de maldito. Puede que sus enfrentamientos con Cruyff le hayan condenado a ese ostracismo narrativo pero lo cierto es que nadie se ha parecido tanto a Guardiola en la era contemporánea —la obsesión en el detalle, la anticipación libreta en mano, la gestión del espacio, la presión constante, el 4-3-3 reconvertible con espacios en el que todo el mundo defiende...— como Van Gaal y en concreto su Ajax de las temporadas 1994/95 y 1995/96.

Teniendo en cuenta que Van Gaal fue entrenador de Guardiola durante cuatro temporadas y que entrenó como él al Bayern de Múnich, llevándole a la final de la Champions League de 2010, es complicado pensar que su influencia en el catalán sea igual a cero, pero, en fin, ya se sabe que las batallas con Van Gaal son casi siempre batallas perdidas.

Todo esto no es óbice para disfrutar de una lectura agradable, detallada y, como decíamos antes, «para todos los públicos». Los amantes de la táctica tienen para aburrir. Los curiosos encontrarán anécdotas privadas de lo más jugosas y los enamorados del personaje encontrarán mil matices que añadir a su concepción del mismo. Los libros de Perarnau arriesgan y se desnudan como lo hace el fútbol de Guardiola. De ahí que sea tan fácil encontrar los fallos. De ahí, también, que sean tan tremendamente necesarios.